
LOS SUEÑOS

Guillermo Mazariegos*

Con la llegada de la noche, viene la calma. La luz decae y la realidad se mancha de recuerdos y sombras. Las ventanas, por muy cerradas que estén, dan paso a un desfile de figuras familiares. Primero pasa el día de hoy, la mañana, las noticias; aunque puede un hecho de otro día colarse entre los más recientes: ¿sucedió hoy o ayer?, ¿qué día es hoy? Luego el trabajo y las personas de siempre están haciendo lo mismo de siempre: instantes perdidos en recordar lo que irremediablemente más adelante se despeñará en la quebrada de la levedad, pero que, como despidiéndolos para siempre, les dedicamos un minuto en el final de un día, como al final del siglo dedicaremos algunos momentos a recordar otros momentos más valiosos, y como en el final de nuestras vidas le dedicaremos a los momentos que dictaron nuestras más apasionadas acciones los segundos últimos de nuestra existencia. Así, hacemos honores a cada momento que vivimos, insignificante o menos insignificante, y creamos otros en los que nuestra vida cobra su real valor: el momento de la reflexión, del recuerdo y la ansiedad de saber que lo que hicimos está irremediablemente asentado, como roca, como minúsculos monumentos de mármol en algún rincón de nuestra memoria, sea bueno o malo.

Las horas avanzan y la recapitulación de hechos se va desordenando como se desordena un desfile en el lugar donde termina: las madres corren a abrazar a sus hijos disfrazados de soldaditos, y los marciales niños se quitan los quepis y las gorras, se deshacen de los tambores y redoblantes, y algunos se quitan las guerreras y las chaquetas de guardia suiza para quedar en camiseta y así refrescarse. Como los rígidos soldaditos se desordenan y mezclan con las madres, así los recuerdos del día pierden su cronológica compostura y ceden paso al sopor del sueño. Como las madres del desfile, extrañas criaturas, corren al encuentro de los recuerdos. Estas criaturas que irrumpen en la lógica del día pueden ser recuerdos antiguos ahora deformados por el tiempo, imágenes de un libro, sonidos del exterior y hasta un precoz sueño que escapa de la profunda inconsciencia. Poco a poco los soldados son despojados de su rigidez y el carnaval comienza.

Algunas veces, las más, los recuerdos son totalmente engullidos por el carnaval que les persigue durante el día y que sólo logra darles alcance hasta bien entrada la noche. Otras veces conservan su compostura y logran colarse en un sueño que fácilmente puede terminar en pesadilla; uno de esos sueños con que culmina una acción del día y que por eso parece espantosamente real. El Desfile Póstumo en Honor al Día que Pasó da entrada a la invasión de los sueños.

La vida, tendida en una cama, ve pasar lo que se pierde cuando está despierta. Los músculos se ríen de lo que no pueden hacer; los ojos se cierran tímidamente para esconderse como corderos ante ese monstruo que es la inconsciencia; el oído se obstruye para no dejarse sorprender por ningún sonido; la nariz cumple su trabajo de siempre, y el alma despierta y retoza con los animalitos que su dueño ha salido a cazar durante el día. Como un niño cruel que juega con pollitos, el alma despluma uno a uno recuerdos e imágenes y los ordena como ordenaría colores en la tela de un cuadro; y así aparece un vivo abrazando a un muerto, un hermano se convierte en padre, el amigo en perseguido, el león en gato, la misa en juego, el juego en muerte. El camino al infierno es una escalera mecánica que, como coronación al rey de los absurdos, la muerte, va hacia arriba y termina en un averno blanco como las nubes; los aviones se estrellan en cámara lenta como si la catástrofe fuera el dictado de una maestra de segundo grado que copiamos con errores, porque al final seguimos vivos; la lluvia no moja y el agua no ahoga; la ciudad queda arriba y el cielo abajo; los muertos nos guían por la vida, los relojes se atrasan, no como se atrasan en la vigilia, sino que se atrasan substancialmente: todo el tiempo se atrasa, todo el tiempo depende de la aguja a la que se prende nuestra juguetona alma y la retuerce hasta donde se le da la gana; las horas crujen como si fueran de vidrio, vidrio soplado desde un espejo hacia la fuente de la imagen.

Todas las horas que se pueden juntar en un sueño son incontables; todos los recuerdos son innumerables; la vida se comprime y, si se pudiera destapar una cabeza que sueña, sonaría como una olla

*Estudiante del Departamento de Letras, Universidad del Valle de Guatemala

de presión en la que hierven los frijoles de la cena: saldrían los sueños como vapor, aullando por toda la habitación y desvaneciéndose ante la temperatura ambiente, ante la irrefutable certeza de la realidad, ante la madurez de la humanidad, y morirían de indiferencia, podridos en la madurez tecnológica.

Los sueños que nuestra inconsciencia forja, o tal vez, mejor dicho, que desencadena, parecen efluvios de algún gas, soplos ligeramente cálidos y aparentemente indefensos, pero que cubren monu-

mentos, que oxidan el hierro y corroen el mármol como si fueran un voraz hongo. Aun así, son para que se queden muy cerca de donde nacieron: en una cama, entre las sábanas, en un domingo a las diez de la mañana; en un bostezo pícaro que reprime el intento por contar el sueño erótico; en un poema; en el recuerdo que sobrevive a los años y a las vidas y que se convierte en mito; en la historia privada que cada quien esboza dentro de su ser y que lucha con alevosa ventaja contra la raquítica realidad de su vigilia.
